

Martí Domínguez

VOLTAIRE

arpa

SUMARIO

CAPÍTULO I	
Oigo hablar de libertad	11
CAPÍTULO II	
Más feo que un mono	15
CAPÍTULO III	
Quiero ser hombre de letras	23
CAPÍTULO IV	
La Bastilla	33
CAPÍTULO V	
Yo comienzo mi nombre, mientras que vos...	43
CAPÍTULO VI	
El destino es el que hace a los hombres prudentes	54
CAPÍTULO VII	
Las cartas diabólicas	63
CAPÍTULO VIII	
Amores filosóficos	75
CAPÍTULO IX	
La voltaïomanía	91
CAPÍTULO X	
Los Inmortales	106

CAPÍTULO XI	
El hundimiento	114
CAPÍTULO XII	
Me libro a mi destino	124
CAPÍTULO XIII	
La querella	144
CAPÍTULO XIV	
El prusiano	155
CAPÍTULO XV	
Me he hecho rey yo mismo	167
CAPÍTULO XVI	
Cándido o Voltaire	177
CAPÍTULO XVII	
Cultivemos nuestro huerto	193
CAPÍTULO XVIII	
El diccionario diabólico	204
CAPÍTULO XIX	
El derecho de los tigres	212
CAPÍTULO XX	
Todo el resto es ilusión	232
CAPÍTULO XXI	
La marmota de los Alpes	240
CAPÍTULO XXII	
El regreso de Voltaire	258
EPÍLOGO	
Voltaire en España	273
NOTAS	285
BIBLIOGRAFÍA	307

La vida de un hombre de letras es la libertad.
VOLTAIRE, *Carta a Cideville* (15 de septiembre de 1733)

CAPÍTULO I

OIGO HABLAR DE LIBERTAD

Voltaire es mucho más citado que leído. En realidad, no puede decirse que goce entre nuestros contemporáneos de un favor especial: su obra es tan respetada como en general desconocida, y, como mucho, el lector conoce *Cándido*, o alguno de sus cuentos menos exóticos. Algún lector puede que haya ojeado las *Cartas filosóficas* o incluso puede que haya disfrutado con el *Diccionario filosófico*, pero quizá sin llegar a sacarle todo el jugo a aquel repertorio enciclopédico, mezcla de filosofía y agudas ocurrencias. Tampoco puede decirse que en Francia disfrute de una situación muy diferente, hasta el punto de ser tildado por Emmanuel Berl de autor «casi desconocido, del cual se lee *Cándido* y se omite el resto».¹ Pobre destino pues para quien —con d’Alembert como escudero— gobernó la opinión del siglo XVIII, y fue el faro hacia el cual se dirigieron todas las miradas reformadoras, hasta convertirse en el motor más activo del cambio social del Siglo de las Luces, del que son deudores todos los Estados democráticos.

De algún modo, Voltaire encarna mejor que cualquier otro ilustrado el siglo XVIII. No en vano el Siglo de las Luces también es conocido como el siglo de Voltaire, y eso en vida

del propio filósofo. ¿Por qué no el siglo de Diderot o el de Rousseau? ¿Qué es lo que sustancialmente separa a Voltaire del resto de filósofos? Unos filósofos que, asimismo, fueron decisivos para el movimiento ilustrado y cuya ausencia trastocaría a buen seguro nuestra percepción de aquella época. La clave de esta diferencia está, acaso, en la fama —la *renommée*—, en el singular y hasta entonces inédito altavoz que consiguió este filósofo. Voltaire es uno de los primeros fenómenos mediáticos; antes de su gesta ningún escritor había alcanzado con sus escritos un eco tan prodigioso, tan influyente, tan rico y temible. Es el fruto del perfeccionamiento de la imprenta, de los avances técnicos que permitieron abaratar costes de edición, y que produjeron ese despegue político y cultural que culminaría con la Revolución francesa. Pero, sobre todo, es el resultado de la libertad de pensar.

Se dice que Voltaire fue el primer autor que consiguió vivir de su trabajo, el primer profesional de la escritura (el primer «forzado de la pluma», diría Eugeni d'Ors). Es cierto tan solo en parte, porque Voltaire siempre fue hábil para sacar un jugoso rédito de todos sus negocios, buena parte de ellos ajenos al mundo de la literatura. No obstante, lo que resulta innegable es que con él se percibió por primera vez en la historia de las ideas la posibilidad de vivir de la literatura, sin tener que ser el protegido de algún reyezuelo ilustrado; vivir de la renta del esfuerzo intelectual, de las ventas de los libros, de los contratos con los editores, asumiendo el riesgo de las empresas y el contenido de la obra, que para ser bueno tiene que ser nuevo y todo lo nuevo provoca casi siempre problemas. Voltaire es el primero en alcanzar esa meta soñada y, en consecuencia, el primer escritor totalmente libre. Él mismo lo consignó en sus *Memorias* (1784): «Oigo hablar de libertad, pero no creo que haya habido en Europa un particular que se haya forjado una como la mía. Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda».²

Seguirá mi ejemplo quien quiera y pueda. Lo advierte con orgullo: no es empresa de poca monta ser Voltaire. Él se ha forjado su libertad, una libertad que sabe única, singular, modélica. Porque, si es el autor más libre de su siglo, también es el más perseguido, temido y odiado por el sistema, por el áulico sopor del *Ancien Régime*. Luis XV lo expulsó de París, Federico II lo persiguió hasta la frontera de Prusia y lo torturó (psicológicamente, mas dejando una huella que arrastrará toda su vida); los calvinistas de Ginebra lo mantuvieron a raya fuera de su ciudad, y aunque lo toleraban no lo amaban. Una libertad (*oigo hablar de libertad*, dice con ironía, con una sonrisa sarcástica, y casi lo escuchamos decir ¡qué sabéis vosotros de la libertad!) por la que ha arriesgado la vida, por la que ha pasado casi un año en prisión, una libertad que le ha dejado una profunda cicatriz (llámese temor o desconfianza). Y, en cambio, una libertad que también ha sido el germen de su obra literaria. Porque, si Voltaire se hubiese quedado en la corte de Luis XV, si hubiese ocupado el lugar de cualquier escritor de corte, como Crébillon, quizá hoy no tendríamos casi nada que antologar. «La vida de un escritor sedentario está en sus escritos», escribía a propósito de Bayle, y desautorizando una biografía en exceso pretenciosa. En cambio, en su caso, hay una correlación entre su implacable persecución y la ingente producción literaria: cuantos más embates del enemigo, más textos de respuesta, más cuentos, más panfletos, más opúsculos, más cartas, más epigramas, más poemas: aquí unos versos amables a un amigo protector, allá una diatriba feroz contra su detractor. Y por medio, tantos sitios vividos.

Oigo hablar de libertad... Él se ha forjado su libertad gracias a la extraordinaria variedad y potencia de su artillería literaria. Voltaire es una temible y poderosa máquina de guerra. Y no dejaba ofensa sin respuesta. En contra del parecer del conde de Buffon, que opinaba que no había que

contestar nunca a los críticos, él no perdonaba y replicaba siempre, y a menudo en más de una ocasión. Muerto Crébillon, no dudó en escribir un *Elogio de M. de Crébillon*, inoportuno y malévolo, que le granjeó numerosas críticas. Pero volvió a reincidir con Maupertuis, y con tantos otros detractores (La Beaumelle, Piron, Nonnotte..., el listado es largo, casi inacabable), a los que persiguió no solo en vida, sino también en la posteridad. Muerto el maldiciente, había que aniquilar cualquier rastro perdurable de su obra. Era irreductible, tenaz, no atendía a razones, porque, en definitiva, siempre seguía luchando por su libertad, y quien había osado atacarle —o incluso contestar algún dardo suyo— se ganaba un enemigo de por vida (y Voltaire vivió ochenta y cuatro años). En parte, en esto estriba su pugna contra el fanatismo, contra la intolerancia, contra los abusos contra el pueblo, contra *el infame*: hasta el punto de que durante años firmó sus cartas con la postila de *Écrasez l'infâme* («Aplastad al infame»), un grito de guerra que llegó a reducir a la abreviatura de *Ecr. L'Inf.* o incluso de *Ecrelinf.* ¡Aplastad al infame y viva la libertad!

Esta arrolladora actividad, sumada a su personalidad chispeante, a menudo irresistible, lo convirtió en un mito en vida. Un mito, eso sí, casi siempre en el exilio. Esa constante presencia y ausencia acrecentó si cabe aún más su figura, porque, si su voz era tan potente y arrolladora, en cambio, casi nadie lo había visto en persona. Era una especie de oráculo, de voz nacida de las telúricas entrañas de la grandiosidad geológica, desde los Alpes más recónditos. De algún modo, Voltaire gobernó la opinión de buena parte del siglo XVIII: luchó por su libertad, pero también por la de sus paisanos. Porque sabía que una sin la otra no tenía futuro.

CAPÍTULO II

MÁS FEO QUE UN MONO

François-Marie Arouet nació en París, el 20 de febrero de 1694. No obstante, fue bautizado nueve meses después, el 21 de noviembre, debido a que su constitución débil y enfermiza (*malingre*, dirá siempre el poeta) presagiaba una muerte inminente. Sus progenitores, François Arouet, notario del Châtelet, además de tesorero de la Cámara de Cuentas de París, y su madre, Marie Marguerite Daumard, proveniente de una destacada familia burguesa parisina, habían retrasado el bautizo de aquel niño «que no era gran cosa» y que parecía aquejado de hidropesía. Arouet padre escribía a su hermano que el niño era «feo como un mono», y durante unos meses lo mantuvieron fuera de París, en su casa de campo de Châtenay, bellamente rodeada de castaños y tilos, a la espera de que el destino decidiese su futuro. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, aquel niño enfermizo y feúcho se rehizo, y finalmente los padres lo bautizaron en la iglesia de Saint-André-des-Arts, con la complicidad del párroco, que asumió de buen grado que acababa de nacer y utilizó la fórmula ritual de *né le jour précédent*. Quizá tampoco era tan extraño: con nueve meses aquel bebé aún parecía muy poca cosa.

Sus padrinos fueron una tía materna, Marie Daumart (nacida Parent y cuñada de su madre), y el abad de Châteauneuf, que era un gran apasionado de las artes y buen amigo, algunos incluso dicen que amante, de la reputada escritora Ninon de Lenclos. El matrimonio tenía dos hijos anteriores, Armand y Marguerite-Catherine, pero también había perdido otros dos en sucesivos partos desgraciados. Por tanto, dudaron de que aquel niño tan enclenque y enfermizo pudiese tan siquiera sobrevivir unos días. Y al cabo de nueve meses, por fin convencidos de que viviría, se animaron a bautizarlo; un lapso de unos meses que siempre ha causado trastornos y confusiones entre los historiadores, que en ocasiones han tomado la fecha del bautismo con la del nacimiento.

En este sentido, algunos biógrafos han insinuado que el posible desafecto que mostraron los padres hacia aquel niño podría deberse al hecho de que este fuese resultado de una aventura amorosa de la madre con un oficial del ejército, llamado Rochebrune (o Roquebrune). El tal Rochebrune no solo era militar, sino también hombre de letras y habitual del salón de Ninon de Lenclos. Al parecer de Voltaire, era normal que su madre lo hubiera preferido a su padre, que «era un hombre de lo más común».¹ Se sabe muy poco de él, únicamente que provenía de una familia aristocrática de la Haute Auvergne y que era el autor de un libreto para una cantata basada en el mito de Orfeo. También que debía de ser muy apuesto, con su aspecto de mosquetero-literato. Murió en 1719, precisamente aquejado de hidropesía.

De este modo, quizás el matrimonio Arouet esperaba un desenlace a su favor y, como sugiere el escritor Max Gallo, refiriéndose a aquel bebé enfermizo, «si Dios lo quiere, que lo tome».² Pero, esta vez, Dios se desentendió. El propio François-Marie algunas veces se autodenominaba «el bastardo de Rochebrune», y le gustaba gastar bromas en este

sentido. Es natural que para la imaginación del poeta fuese mucho más novelesco tener por padre a un espadachín que a un severo y aburrido notario, que a menudo hacía también las veces de usurero, y que era hijo de un vendedor de telas, proveniente de una familia de encurtidores de Poitou.

En cualquier caso, su padrino, Châteauneuf, lo animaba a que se aprendiese de memoria las fábulas de La Fontaine, y Zozo, como por entonces era llamado el pequeño Arouet, las recitaba rivalizando con Armand, su hermano mayor, pero mucho menos dotado para dichos lances literarios. Era una práctica común aprender *par cœur* La Fontaine. No lo era tanto, según explica Pearson, que a la temprana edad de tres años ya fuese capaz de recitar un poema de setenta y cinco versos, que su padrino le había ayudado a aprender. Parece ser que se trataba de un fragmento de *La Moysade*, un poema libertino y anónimo sobre la vida de Moisés, y que explicaba la aparición de las religiones como hábiles maniobras de los gobernantes para explotar la credulidad de sus pueblos. Este panfleto divertía mucho al padrino de Voltaire, y más en boca de aquel niño lenguaraz y superdotado. A la edad de diez años, cuando François-Marie empezaba a componer sus primeros versos, el abad Châteauneuf le presentó a la octogenaria Ninon de Lenclos, que quedó prendada de las habilidades naturales de Zozo y le dio un pellizco en la mejilla. «La anciana hada quiso felicitar al joven poeta», explica divertido Jean Orioux,³ y el jovencísimo poeta prácticamente desde ese instante —desde aquel pellizco mágico de la legendaria escritora— supo cuál sería su destino. Porque, como escribe Capefigue, el salón amarillo de Ninon de Lenclos era el vestíbulo de los salones enciclopédicos, un lugar de libertad y libertinaje.⁴ Y a los pocos días, Zozo recibió un pagaré de mil libras «de la vieja momia» para la adquisición de libros. Una suma muy considerable, que su padre controló a su antojo, y que desde luego el joven poeta

no pudo disfrutar hasta la muerte de su progenitor. Pero fue la primera vez que presintió que quizá podría sacar provecho de su talento literario.

Así pues, François-Marie tuvo un padre tacaño y severo, y una madre interesada por las artes y la literatura, y contumaz libertina. Siempre recordaría con agrado la amistad de su madre con el escritor Nicolas Boileau, y una frase suya, aguda y atinada: «Boileau es un buen libro y un hombre idiota». La rememoraba como una muestra del ingenio y del buen gusto natural de su progenitora; en especial, aludiendo al traductor al francés del *Tratado de lo sublime*, el celebrado libro de Longino, que fue clave para la formación del gusto barroco francés. Y a los doce años, siguiendo el estilo aprendido en *La Moysade*, Zozo le escribía a su amigo Duché, mostrando ya sus dotes poéticas:

En tus versos, Duché, por favor,
No compares con el Mesías
A un pobre diablo como yo:
De él solo tengo su miseria,
Y estoy bien lejos, por Dios,
De tener una virgen por madre.⁵

Cabe decir que, a pesar de estas declaraciones algo escandalosas, siempre profesó cariño a su progenitora y en su dormitorio colgaba un bello retrato suyo, obra del pintor Nicolas de Largillière, sin duda el pintor francés que mejor supo captar la Francia del final del reinado de Luis XIV. Más adelante, Largillière también pintaría al joven Voltaire, con un gesto divertido e intrépido. En cualquier caso, su madre había muerto muy joven, el 13 de julio de 1701, con solamente cuarenta años, cuando Zozo tenía siete. Sus otros dos hermanos eran mayores que él, por lo que en muchos sentidos puede decirse que fue criado por ellos, y en especial por su hermana, Catherine.

Por tanto, aquel niño al que dieron por muerto tuvo desde muy pronto una fuerte vocación literaria. Su carácter bromista, ocurrente, atrevido, también se perfiló muy precozmente. Su padre lo matriculó en el colegio Louis-le-Grand, regentado por los jesuitas, donde conocería a algunos de los que serían sus mejores amigos, entre ellos los hermanos d'Argental o el marqués Fyot de la Marche. También se relacionó con Louis Racine, hijo del ilustre escritor, y que más tarde también triunfaría con su poema, en seis cantos, titulado *La religión* (1742): una cosmogonía mística de 2.686 versos que hoy nadie lee, a pesar de su carácter conciliador.⁶ Pero mientras que estos alumnos tenían habitación propia y muchos privilegios (que eran debidos no solo a su origen aristocrático, sino al estipendio de más de 500 libras mensuales), François-Marie dormía con otros cuatro compañeros, sujeto a un régimen espartano. La jornada se iniciaba a las cinco de la mañana y empezaba rezando, continuaba con los estudios de una manera casi ininterrumpida, salvo por la misa diaria y obligatoria, y acababa a las diez de la noche, de nuevo rezando y leyendo las Escrituras, arrodillado junto al lecho. El domingo era el único día que se gozaba de cierta libertad, aunque tenía que asistir dos veces a misa, y confesarse, y a menudo ejercía también de monaguillo.

Su hermano mayor, Armand, había estudiado en el colegio de Saint-Magloire, mucho más riguroso y de fuerte inclinación jansenista. Los seguidores del flamenco Cornelius Jansen o Jansenius, autor del *Augustinus* (1640), conformaban un fuerte movimiento religioso, caracterizado por su austeridad y fanatismo, con un sentimiento mesiánico, anunciador de un tiempo nuevo, mucho más trascendente y menos corrupto. Los supuestos milagros acaecidos sobre la tumba del diácono Pâris (santo de la secta), entre 1727 y 1732, en el cementerio de Saint-Médard, crearon muchos correligionarios, que interpretaron todos aquellos fenómenos sobrenaturales,

en especial las convulsiones que sufrían algunos peregrinos sobre la tumba del diácono, como signos de la verdad revelada de su causa religiosa. En cambio, François-Marie cursó sus estudios en este nuevo colegio de Louis-le-Grand, mucho más moderno e influyente. La Compañía de Jesús era una congregación de clérigos regulares fundada en 1534 por Ignacio de Loyola, famosa por su deseo reformista de la educación. En 1710, tenían ochenta y seis colegios distribuidos por todo el territorio francés, con más de tres mil quinientos religiosos, y era la primera congregación masculina educativa, hasta el extremo de que a mediados del siglo XVIII más de la mitad de los niños formados en humanidades habían pasado por sus manos. La educación se basaba más en la severidad de su método educativo que en la inteligencia o las ganas de saber del niño. En este sentido, el influyente padre Jean Croisset escribía: «Más vale una educación excelente con un natural mediocre, que el más rico natural del mundo con una mediocre educación». También empezaban a acaparar poder en la corte, y el confesor del rey en Versalles, el padre Le Tellier, era miembro de esta orden (su sucesor también lo sería: el padre Lachaise, que da nombre al cementerio más famoso de París). Pero esta diferente educación religiosa de los dos hermanos Arouet produjo también las primeras tensiones entre ambos: un jansenista apasionado *versus* un jesuita irreverente. También Fontenelle y Diderot estudiarían en los jesuitas, que en muchos sentidos fueron los artífices pasivos, con su fuerte renovación pedagógica, del movimiento enciclopédico.

Así pues, François-Marie recibió una formación muy sólida, no solo religiosa, sino también clásica, que le fue de gran utilidad y que explotó a lo largo de su dilatada vida. Tuvo sus más y sus menos con los padres, con sus reprimendas y con sus castigos físicos, aunque enseguida destacó en las clases de latín y de humanidades, con premios y distinciones. Entre sus

profesores, se encontraba el padre Tournemine, que era un *scriptor*, que polemizaba con los libertinos y que también atacaba a los deístas (aquellos que creían en Dios, pero no en los profetas, fuesen Jesús o Mahoma) y a los ateos materialistas, que creían que el universo no tenía una causa sobrenatural. Su capacidad para el debate público y para influir en la opinión lo había llevado a dirigir el periódico jesuita *Mémoires de Trévoux*, una gaceta mensual centrada especialmente en la recensión de libros, pero con contenidos también de astronomía y de las novedades literarias europeas. En este diario, el contumaz jesuita escribió al menos ochenta y cuatro artículos, fundamentalmente sobre teología y filosofía. Puede que el joven Zozo aprendiese de él el gusto por el debate de ideas y, aunque siempre le profesó cariño y respeto, no pudo dejar de popularizar este cruel epigrama: «Es nuestro padre Tournemine / que se cree todo cuanto imagina». ⁷

En cambio, el padre Porée, de quien aprendió retórica, y que escribía piezas de teatro en latín, le influenció en su gusto por la tragedia clásica. Pero quizás el más famoso de todos fue Pierre-François Charlevoix, que narró en un libro de viajes su periplo por el continente norteamericano (*Histoire et description générale de la Nouvelle France*, 1744) y la fuerte impresión que le causaron los indios, hasta el extremo de considerar a los iroqueses como un pueblo de verdaderos filósofos, ya que no daban ningún valor a las riquezas europeas. Voltaire siempre lo respetaría y lo consideraría, con razón, «un hombre muy auténtico». También se relacionó con el padre Thoulier, que, además de «darle palmadas en el trasero», era un reputado estudioso de la lengua francesa, buen traductor (había traducido a Cicerón, con una versión que tuvo muchas ediciones), y más adelante sería nombrado miembro de la Academia Francesa, ya con el nombre de abad de Olivet, un anagrama de su nombre real, tomando la u como uve. François-Marie mantendría con él una larga

correspondencia, trufada de citas latinas, y de elogios mutuos, hasta el punto de que este le diría mucho más adelante, con emoción: «Entonces vos erais mi discípulo, ahora yo soy el vuestro».

Así pues, el joven Zozo tuvo muy buenos maestros, versados en el mundo clásico, en el periodismo, en las expediciones de ultramar y en las grandes tragedias griegas. Pura munición retórica e ideológica para el futuro del gran escritor. Unos maestros que no solo eran sólidos intelectualmente, sino que animaban a sus pupilos a participar en la vida cultural parisina. Buena prueba de ello fue la composición de uno de los primeros poemas que se conocen del poeta: en mayo de 1709, el pueblo de París había tomado las calles para honrar a santa Genoveva, su santa patrona, y reclamar su apoyo para superar un tiempo de fuertes privaciones, con carestía de alimentos y crisis internas. El invierno había sido especialmente crudo, con el Sena congelado, incluso en su desembocadura, y la población parisina se había visto fuertemente diezmada. François-Marie, seguramente animado por el padre Porée, compuso una oda a la santa (once largas estrofas, en versos octosílabos y una compleja rima) que impresionó tanto a sus profesores que decidieron imprimirla y darla a conocer. La publicación apareció con la siguiente nota: «François Arouet, Estudiante de Retórica, y Pensionista en el Colegio de Louis-le-Grand». De este modo, esta fue su primera obra impresa, un poema a la santa patrona de la ciudad del Sena. En aquellos días, nadie podía imaginar que aquel alumno tan aplicado haría temblar las bases del cristianismo sobre las que se afianzaba la santa patrona de París.